

terrumpió varias veces con señales de calurosa aprobación.

“Trájome en seguida sus retratos.

“—Este es un mal retrato, esta nariz es un guarda canton: han pegado su rostro de vd. á un pico de tucán, y le han llamado nariz.

“Reía el poeta como un muchacho.

“Serian poco ménos de las diez de la noche cuando nos retiramos á nuestras habitaciones. Los demás á dormir, yo á platicar contigo, Francisco; y ya ves que la charla no es escasa, y que si suelto la pluma, es porque se me están cerrando los ojos de sueño.

Mayo 30.—En Roslin.

“Van á dar las doce y trepo de dos en dos los escalones de mi cuarto, porque me parece que en él me esperas con tus pasos inquietos y tu tosecilla destemplada, para que siga contándote mis impresiones.

“Desperté, como de costumbre, á las cuatro.

“Una de las ventanas de mi alcoba ve al Sur, la otra al Occidente; desde dentro de la pieza me parece que estoy entre las ramas de la copa de un solo árbol.

“Dí unos pasos al Occidente.

“La casa está como en la cima de una colina, y como que la tiene suspendida en sus brazos un robusto pino y un frondosísimo castaño de Indias, que es un bosque de ramas y follaje.

“En el descenso de la colina está formado el jardín, con sus senderos de arena formados entre el césped, y de césped

también un círculo, que es como un gran canasto de flores descansando en la verdura.

“Siempre descendiendo, el terreno quiebra en los cristales de un extenso invernáculo que reverbera con el sol.

“Por entre las ramas de los árboles, y entre los arbustos y las flores, percibo en semicírculo un inmenso lago en que se rompen en rieles y corrientes los rayos de sol y las nubes de púrpura de la aurora, y en la opuesta orilla, entre cortinajes de delgados árboles que clarean, un césped como un terciopelo verde, casitas de madera con sus balaustrados al pié, sus balcones al frente y sus altas chimeneas, arrojando humo sobre las delgadas puntas de los pinos.

“Al Sur sonríe el bosque, dando paso á la luz altos y robustos árboles.

“De la orilla del camino se descuelga el terreno y se interrumpe, abriéndose para dar paso á las aguas que serpean como en una barranca, estancadas y aparentemente inmóviles como un espejo.

“Sobre ellas atraviesa un puente que camina buscando el caserío, en un recodo se pierden las aguas y en la barranca de verde césped se ven sembrados, aquí y allá, los techos de habitaciones rústicas, hasta el pié de una elevadísima loma por donde se asoma el espacio con su manto de luz y de zafiro reflejándose en el mar.

“—Sr. Prieto, me dijo una voz llena de cariño y respeto, ¿ha dormido vd. bien? ¿Se ofrece algo?

“—Pase vd., señor, pase vd.

“El Sr. Bryant rehusó penetrar en mi habitación; á mí me tenían conmovido tantas atenciones.

“Salimos á paseo. El extenso parque de esta casa con-

tiene tres ó cuatro casitas igualmente alegres, tambien de la propiedad del Sr. Bryant.

“El terreno está lleno de acueductos, y en ellos, dócil el arte, ha seguido con destreza suma las indicaciones de la naturaleza.

“Alturas ondeantes, brucas hondonadas, bóvedas y crestas, picos y hundiciones se han respetado, sembrando árboles, regando flores, colgando enredaderas profusas, donde parece lo pedia el romancesco paisaje.

“La maquinaria oculta subia en un punto las aguas, las dirigia en otras, en otras las dejaba en libertad, haciendo sensible su influencia.

“Tomamos á las siete nuestro desayuno, acompañados de las adorables señoras de la familia, y fuimos á visitar la librería llena de estantes, con obras escogidas en todos los idiomas, que posee el poeta.

“En su mesa de escribir le acompañaba Petrarca, á que es muy afecto Bryant, y cuyo idioma conoce perfectamente.

“Oyó con gusto los nombres de nuestros escritores, de nuestras verdaderas glorias; ¡qué orondo y qué planchao le referia los triunfos de nuestros historiadores, de nuestros naturalistas, de nuestros astrónomos y poetas! Ni un avaro sus tesoros, ni una dama vanidosa sus joyas y tocados, ni un niño sus juguetes queridos, muestran con mayor alegría, que lo que yo, los nombres de nuestros hombres eminentes.

“Y cuando recordaba nuestras envidias, y cuando tenia presentes nobles inteligencias, teniendó que hacerse perdonar con el destierro ó la miseria su superioridad, y cuando veia el galardón de respeto, la consagración de amor que tienen hombres como Bryant, entónces daba otro giro

á mis ideas, para que no invadiesen las sombras mi espíritu.

“Un carruaje precioso nos esperaba para dar un paseo.

“Mr. Bryant subió al pescante junto al cochero, yo quedé con su amable hija en los asientos de respeto.

“La hija de Mr. Bryant es de encantadora dulzura, conoce perfectamente el frances, comprende el español y tiene un fondo de instruccion notable, aunque encubierto con la sencilla modestia que es, como quien dice, el patrimonio de esta venerable familia.

“El pueblo está naciente, como entre una serranía, gira amplio y fácil el camino, en excelente estado. Así, naciente, tiene sus templos, su gabinete de lectura, su galería de pinturas y su oficina de correos.

“Dos veces al dia le visita el vapor que nos condujo, cuatro el ferrocarril, y el telégrafo tiene abierto el oído para acudir á las necesidades del pueblo niño.

“Nuestro paseo duró dos horas por entre las calles del pueblo y los muchos cercados de fincas de campo perfectamente cultivados. Desde el seno de esas ricas sementeras veíamos á veces el mar, y como nadando en el éter, barcos como colosales aves acuáticas, con sus blancas alas luciendo con el sol.

“Déjame fumar este cigarro que tengo hace una hora en la mano sin haberlo encendido.”

No pude seguir la carta de Bryant. Mi visita á su casa ha dejado mi alma llena de agradable recuerdo, y mi corazón empeñado en sincera gratitud.

La visita del Sr. Bryant, mejor dicho, mi inesperada iniciación en la vida íntima de un grande hombre, fué para mi alma un acontecimiento.

Y no porque algo de desusado ó extraordinario sorprendiese mi espíritu; no porque me hiciese revelaciones un talento elevado, sino por la presencia, por el contacto con la sencilla majestad de la virtud.

El interior del alma de este hombre es cristalina, diáfana como el éter de nuestro México en sus serenos días de primavera.

Tiene algo de infantil aquella palabra, algo de inocente aquella mirada, y tanto de dulzura aquellas costumbres, que enamoran, infundiendo á la vez veneración.

Sale de su estancia con su sombrerillo de paja, sin apoyarse y desembarazado, cuida por sí las plantas en unión del jardinero, las mima y les prodiga cuidados, atraviesa los puentecillos que están sobre los arroyos, y cuando llega al departamento de los animales domésticos, le rodean y le saludan, y les dirige el poeta la palabra, celebrando sus gracias y monerías.

Las gentes que atraviesan por el exterior de la cerca, llevan la mano á sus sombreros, las niñas le saludan y corren á él, en solicitud de su mano y su palabra, y los muchachos juguetones le gritan de léjos y le saludan como á un viejo conocido.

Su existencia corre purísima, y refleja todo lo que el talento tiene de esplendores, todo lo que la ternura tiene de encantos y de aromas, el amor al bien, mecido en las auras de una conciencia imperturbablemente limpia.

En sus relaciones con la vida pública, Bryant está per-

suadido en lo más íntimo de sus convicciones, de la misión augusta de la prensa.

Cree que ésta es un sacerdocio de progreso y verdad, elevado sobre todas las miserias y sobre todas las pasiones, fijo en los principios de la civilización y de la confraternidad universal; así, en las luchas de México con los Estados- Unidos, se ha alistado entre los enemigos de la usurpación, de la violencia y de ese *destino manifesto*, que no es sino la brutal ostentación de la ley del más fuerte.

Para llenar su misión el grande hombre, jamás ha admitido distinción, ni empleo, ni lucro, que lo desvíe de su carácter de periodista imparcial, así es que el pueblo le ve como una alta personificación de la virtud y un paladín sublime de la verdad.

Con conocimiento profundo del idioma, con posesión perfecta del espíritu de la literatura de su país y de su época, será juzgado Bryant como poeta: yo solo expondré mis impresiones.

Bryant no inicia, no combate, no lanza su inspiración en barca atrevida para descubrir los mares desconocidos del ideal; Bryant abre su alma y nos deja conocer un espectáculo como con bosques augustos, con montañas pensativas, con lagos extensos, reflejando los últimos destellos del sol que muere... y como que revela el infinito.

La lectura de sus versos es como la entrada á una basílica, en que se siente el creyente en contacto con el espíritu de Dios.

La inspiración es íntima, se revela como el fuego de las entrañas del volcán, por una nubecilla de humo que parece flotar como un velo en el azul purísimo de los cielos.

Todo se engrandece en él, y por la vivificación de su gé-
nio poderoso, el átomo reluce como polvo de oro, y el in-
secto, como piedra preciosa, cintila bajo la yerbecilla que
borda la márgen del arroyo. En sus éxtasis le sonríe y se
convierte en maternal la muerte, y en sus creaciones rever-
bera con luz inefable la majestad del Sér Supremo. Es su
corazon una copa de oro cuyo fondo contiene la deliciosa
ambrosía de la inmortalidad. Con razon se proclama á
Bryant el primer poeta de su patria y uno de los primeros
del mundo.

Este es el hombre para los demás.

Yo, me siento enaltecido y como purificado con la con-
templacion de su espíritu.

Yo, no tengo voces con que significar mi gratitud á este
monarca de la inteligencia, que me concedió generosa hos-
pitalidad cuando estaban abiertas todas mis heridas de des-
engaño, de desamparo y de miseria.

¡Cómo me presentaba á sus amigos diciendo de mí cosas
que se resiste á escribir mi pluma, pero que revelaban su
ternura hácia mí! ¡Cómo me refrescaba el ánima cuando
mostraba ingénua admiracion por mis pobres versos!

Encerrados en su cuartito, atizando él mismo la chime-
nea, yo leía, él comprendía con dificultad; me hacia repetir
dos y tres veces un verso y se lo traducía á su modo, ex-
clamando: "¿Cómo hace vd. tan linda, Sr. de Prieto?"...
ó bien exclamaba: "¿Vd. quiere vivir en esta por mí, Sr.
de Prieto?..... No se parece vd. con eso tan preciosa,
Sr. de Prieto...." (No parece que sea de vd. eso tan
bueno). Y yo tenia las lágrimas en los ojos..... no
porque creyera en los elogios, que bien sé que valgo muy

poco.... sino por sentirme amado de tan grande hom-
bre.....

Tenia conmigo la solicitud de una querida.... se le figu-
raba que alojaba á un príncipe.

Bryant nació en Masachutes en 1796, viajó por Inglater-
ra, Francia y el Egipto; posee varios idiomas, entre ellos
el griego, con tal perfeccion, que su traduccion de la Odisea
de Homero, está considerada como la primera del mundo.

Si entre los rayos de luz indeficiente que coronan aquella
cabeza augusta; si entre las hojas de laurel que caen sobre
aquella frente olímpica, percibís con dificultad una humilde
violeta, esa flor la puso allí, como en un altar, mi mano agra-
decida y reverente.

Bryant es en medio del pueblo de los Estados-Unidos
una Majestad, que debe sus títulos de universal respeto á
la consideracion pública; parece que el pueblo honra en él
el legítimo orgullo de verse embellecido por el génio y per-
feccionado por la virtud.

El nombre del gran poeta se asocia siempre á todas las
empresas gloriosas; Bryant figura como presidente de todas
las instituciones de beneficencia y caridad; creen los ame-
ricanos que como que las legitiman, como que las enno-
blecen y les auguran buen éxito.

Para mí este rasgo de los Estados-Unidos, habla mucho
muy alto en favor de la civilizacion de este pueblo.

Debo al favor de mi amigo el Sr. D. Ignacio Mariscal,
dos traducciones de composiciones notables del Sr. Bryant:
las coloco aquí como un tributo de admiracion al gran poeta,
y como un título de orgullo para las letras mexicanas, por-
que las traducciones son magníficas:

THANATOPSIS.

(TRADUCIDO POR IGNACIO MARISCAL).

Para el mortal que reverente admira
 La creacion, á su visible forma
 El entusiasta corazon uniendo
 Con vínculos de amor, vário lenguaje
 Natura emplea. En horas de alegría
 Ecos le brinda de ventura y gozo,
 Y en las amargas horas
 Que emponzoña la fúnebre tristeza,
 Blandamente en el ánima insinúa
 De su doliente amigo
 Una voz melancólica, suave,
 Qué, la profunda agitacion calmando,
 En corriente apacible sus ideas
 Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
 De los instantes últimos del hombre
 En tu agobiado espíritu cayere,
 Como la escarcha en débil florecilla,
 Y el sombrío ataud, y la agonía
 Congojosa, y el hórrido sepulcro
 En negra perspectiva te amenacen,
 Y temblando de horror ya desfallezcas ;
 Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
 Pabellon de los cielos, y allí escucha
 La misteriosa voz que se desprende
 De la tierra y las aguas, del abismo
 De los aires sin fin.

“En breve plazo

(Dirá la voz oculta) el sol radiante

embarcaciones, y las orillas forman bosques de mástiles, de cuerdas y de velas.

Atravesábamos casi debajo del famoso puente, pudiendo medir con nuestra vista la prodigiosa altura de sus macizas torres.

Cuando se construía la torre del lado de Broklyn, se describía así :

“Es una inmensa columna neumática ; pero no como las columnas conocidas de la comarca, que apenas exceden de seis piés de diámetro ; tiene 168 piés de alto y 102 de ancho ; la excavacion que se hace bajo el agua, contiene una extension de 166 piés y 98 ó 99 de alto. Se han empleado en el aparato 105 piés cúbicos de madera, y su peso y el del metal empleado en tornillos, escuadras y otros medios de seguridad, asciende á 2,500 toneladas.”

El puente aun no está concluido, pero ha recibido los primeros alambres que se ven desde abajo como angosta tela. Pasan debajo de esos alambres los navíos más altos con la mayor holgura ; las fragatas tienen que inclinar los topes. La tela que acabamos de mencionar tiene su pasamano de alambre : por allí, con la mayor frescura del mundo, atraviesan las *ladies* con sus sombrillas, distinguiéndose entre las nubes como las muñecas de un panorama.

Ya hemos dicho que Broklyn es una seccion de Nueva-York y tiene poco más ó ménos la poblacion de la ciudad de México.

Sus avenidas son amplias y llenas de cristales y de árboles. Sus edificios de calles centrales, achocolatados como los de las calles aristocráticas de Nueva-York, con sus escaleras